



LA
CORTESESANA
DE TAIFAS

MAGDALENA
LASALA

Año 1031. El califa de Córdoba es derrocado y el otrora glorioso territorio de al-Ándalus queda dividido en multitud de pequeños reinos que se disputan la primacía política los unos a los otros. En este mundo convulso y en decadencia vive una hermosa mujer de orígenes oscuros: Büstan. Cortesana, maga, engañadora y, por encima de todo, superviviente, se mueve a sus anchas por las diferentes cortes de Taifas, entre ambiciosos monarcas y visires corruptos a los que siempre logra embaucar para conseguir sus fines. En compañía de su comparsa de falsarios, hombres y mujeres que buscan, ante todo, conservar su libertad, la misteriosa e independiente Büstan vivirá asombrosas aventuras guiada por su destino, indefectiblemente unido al del propio al-Ándalus.

En esta nueva novela, Magdalena Lasala recrea una época y unos escenarios en los que el esplendor andalusí da sus últimos coletazos, dotando de vida a través de los ojos de Marjân, la hija de la protagonista, a algunos de sus personajes más fascinantes.

Índice de contenido

Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Epílogo	
Sobre la autora	

*A mi madre, sabia, maga y maestra
de nombre ignoto y maravilloso.*

1

De mis orígenes, si éstos existen

Es mi nombre Marjân, que en otro idioma que decía entender la agorera que me dio la vida significa Morgana, y ella fue quien me lo otorgara cuando nací, a la vera de un río adelgazado que va a morir, al parecer, en otra cuenca que alimenta a su vez las aguas del río Guadalquivir. Preñada avanzadamente como fue que salió huyendo de Madinat al-Zahrâ la que era mi madre y, sin cumplirse las diez lunas que cualquier vientre de hembra precisa para alumbrar, sintióse descompuesta a la mitad del camino y al comprobar que los bajos abríansele por su natural, buscó refugio para ella y su cargamento en esa ribera que he dicho, a salvo de mercaderes y ladrones, parientes de oficio que se sabe desde siempre infestan los caminos con semejantes intenciones.

A saber: que llevaba con ella, además de un vientre aún no cumplido, un par de carros repletos de enseres y aparatos de cierto valor —que para sí hubieranse afanado los que habían sido socios de su misma comparsa, de haber podido—; al parecer, también, y digo tal porque nunca vilo con mis ojos pues que no he vuelto a estar allí, aquella zona era rica en hierbas que sanan, sobre todo de las llamadas diente de león y flor del cardo, que, mezcladas con hojas caídas de las encinas crecidas en el entorno, un puñado de su tierra ferrosa y agua densa estancada que había entre las matas compusieron el emplaste que logró cortar la he-

morragia por donde la existencia parecía querer escapar del cuerpo de mi madre después de que me echara a mí.

Era ése algún día del mes de marzo del año 1024 de los cristianos, cosa que me apuntó y que tenía por cierto la que digo que ayudó a bien parir a mi madre, una adivinadora llamada Zumurrud que gustaba de decirse «cristiana» porque sus ancestros eran visigodos cordobeses que nunca demostraron haber realizado los trámites precisos para abrazar el islam, aunque tampoco se les conocieran prácticas de fe en la cruz, y que tenía como afición recordar lo pasado, puesto que augurar lo futuro lo tenía como trabajo, lo cual decía haber heredado de sus orígenes anteriores aún a los godos. A Zumurrud, que significa «esmeralda» —y antes de esto así era nombrada por los de su comparsa—, a ella, digo, es a quien debo mi ser, cosa que nunca le agradecí las veces que pude hacerlo, aunque tampoco se lo reproché otras muchas para las que sí tuve motivo, y así consideraba yo que quedábamos en paz, pues no puede saberse si es la vida una suerte o una condena. Más de un día he llegado a pensar que fuera mi madre la más atinada de todos cuando pretendió para mí, ya en el mismo momento de nacer, un pronto final dejándome allí mismo.

También sería esta Esmeralda —que en aquel entonces gozaba de cuarenta años seguros— quien me contaría mi historia y la suya, la historia de mi madre y la historia de la Córdoba que ella conoció y que yo nunca pisé, así como la historia de al-Ándalus —nuestra patria por la gracia de Dios— y todas las historias que sé y que pude llegar a saber a lo largo de los muchos años en los que la adivina rara vez calló.

En muchos de los días de mi infancia referíame con todos sus detalles cómo, para atender con más urgencia la vida de mi madre, que tenía traza de estar acabándose sin remedio en el parto, tuvo que dejar mi cuerpecillo prematuramente nacido y sin que lo hubieran tocado todavía unos brazos entre las hierbas del suelo y sobre unas matas

altas que causáronme desde ese mismo momento y para siempre los mismos malsanos picores que me son venidos con sólo avistar el follaje de las orillas de cualquier río.

Según su relato, al llanto mío acudió nuestro guardián, Malik, que se hallaba custodiando los carros; y digo «nuestro» porque muy pronto aprendí a verlo también como cosa mía. Malik era un eunuco de piel lechosa y corpachón grande como un muro contra el que rebotaban, sin alcanzarnos, las piedras que nos lanzaban algunos desalmados mientras huíamos de más de una y de dos aldeas por motivos injustos para nosotras y, al parecer, de mucho peso para ellos. Había sido esclavo de uno de esos señores cordobeses que perdieron su fortuna cuando empezaron las guerras civiles y ocurrió que, necesitando dineros rápidos, el amo habíaselo malvendido al dueño de mi madre cuando era recién nacida, y fue entonces que Malik se prendó de ella y se hizo su inseparable y veló desde entonces por su seguridad y por su interés igual que un oso salvaje cuida con esmero de su oseño. Cuando mi madre hizo lo que hizo y decidió huir al tiempo que muchos otros de Madinat al-Zahrâ, Malik no dudó en acompañarla, pues que aun sin llegarle el entendimiento para articular tres palabras seguidas, sí que le era bastante para haber decidido que la seguiría hasta la muerte. Y no pocas ocasiones debieron de tener para comprobar que ello hubiera sido cierto, a no ser porque la fortuna siempre estuvo de su lado y pudieron salir vivos, por piernas o por casualidad. La cuestión es que Malik vio en mí un nuevo cachorro que proteger y se convirtió en la más amorosa nodriza que puédase imaginar, prodigándome cuidados y ternuras que mi propia madre no quiso darme —pues que yo tenía que haber sido uno más de los abortos que ya había despedido en otras ocasiones, que bastante era con cuidarse de su vida como para tener que cuidar una ajena—, y túveme en él al modelo que cualquier creatura precisa para aprender a hacerse con esta existencia, que a lo mejor es por eso que siempre se me dio bien lo mismo que él ha-

cía, esto es, observar mucho, correr como un lebrél y parecer hombre.

Mi madre, que a la sazón contaba con algo más de diecisiete años, al parecer había insistido bastante en que tenían que abandonarme, tal como estaba, entre los matojos de la ribera. Decía que por sí sola la naturaleza obraría mi destino evitándome las desgracias de la vida en este mundo, pero Malik no me soltaba de sus zarpas amorosas y Zummurud le explicó que mi presencia les convenía para su huida pues despistaría a sus perseguidores, ya que las buscaban a ellas y no a dos mujeres con una niña de pecho. Entre que la idea no desagradó a Büstan, mi madre, y que estaba muy débil para imponerse, dio por zanjado el tema sumiéndose en un profundo sueño, como si no quisiera saber más de mí, y así los otros organizaron el resto del viaje.

Büstan sólo empezó a dirigirme la palabra cuando quiso enseñarme el oficio de ilusionista, teniendo yo cuatro años ya cumplidos y viviendo con holgura desde hacía tres en Toledo, porque era su plan que no se perdiese el saber de esas artes que engañan al ojo y que tan buenos beneficios reportan a la mano, y puesto que entonces ella estaba ya dedicada por entero a los otros menesteres de médico.

Empero, intrincado relato ha de ser el mío y difícil de entender si no empiezo por hablar de ella, de Büstan, la discípula de Abulqasis, afamada curandera y, sin duda, el motivo de toda esta historia. Pues que sé, y lo supe por Zummurud —que ya he dicho que gustaba de contar lo que sabía para no olvidarlo—, que mi madre fue encontrada de casualidad por una comparsa de artistas ambulantes a punto de entrar el año 1010 cristiano, cuando apenas pasaría los tres años de edad. Por lo visto, la niña aún debía de estar tomando pecho, a juzgar por las llagas que se había hecho en la boca chupando con desesperación el manto que la envolvía. Estaba entre los setos desnudos de uno de los jardines de la ciudad imperial de Madinat al-Zahrâ, exhausta y medio muerta de frío. La escasa ropa y la túnica que

llevaba eran de buena hechura, y parecía que había sido abandonada con mucha prisa, porque las suyas eran prendas que los niños llevan dentro de casa. Zumurrud me explicó, cuando tuve edad de entenderlo, que bien pudiera haber sido Būstan el fruto de los amores ilícitos de alguna muchacha de apellido noble y que habría necesitado ocultarlo al padre y señor de palacio; que la sirvienta no habría querido hacerle el favor de decir que eran suyas la falta y la niña, y que, por tal, llegado el padre de su ausencia de la hacienda, sin duda por motivos de su entrega a labores militares, la muchacha habríase visto obligada a sacar a la criatura de su lado, abandonándola a la intemperie —tal como ella, por cierto, pretendía dejarme a mí— y deshaciéndose así de la prueba de su pecado...

Con el tiempo fue pareciéndome cada vez más creíble la conjetura, pues también fui conociendo, a lo largo de mi vida, muchos casos parecidos de hijos bastardos de altísimos señores que pedían limosna con su cuerpo por las calles, o de hijas secretas de muchachas de alcurnia que servían como esclavas en la misma casa de la madre que las había parido.

Por aquel entonces Zumurrud ya ejercía de adivinadora en la comparsa de artistas que encontró a Būstan. El jefe de todos ellos era un ilusionista llamado Abulqasis, igual que el célebre médico cordobés, cirujano en la corte ministerial del estúpido califa Hixam II, que era todavía un crío. El ilusionista fingíase egipcio porque era la moda decir que se venía de Egipto para denotar prestigio, pues siempre existió la creencia de que las artes más refinadas de magia y de prestidigitación venían de aquellas tierras de tanta fascinación añeja. Pero Zumurrud me confesó que nunca lo oyó hablar en lengua extraña y que, antes bien, era su acento el más puro en ese chapurreo que se habla en las tierras bajas de Córdoba, mezcla de árabe de la calle, romance antiguo y aun retazos de hebreo del pueblo llano, y que lo único de egipcio que tenía era el trazo negro que se

aplicaba en los extremos de los ojos y unas cuantas túnicas con tiara inspiradas en las vestimentas de los viejos faraones.

Aunque nadie pudiera saber a ciencia cierta de qué trataban los escritos del médico y cómo utilizaba sus aparatos, lo cierto es que tenía mucha fama entre las gentes, y el ilusionista se aprovechaba del equívoco que provocaba la similitud de sus nombres para conseguir la confianza de los crédulos y sacarles los dineros con sortilegios de magia que les hacían creer como realidad la fantasía de un simple juego de habilidad con las manos o con las palabras, y beneficiándole en mucho la fascinación que en las aldeas apartadas provocaba que creyeran que estaban viendo al propio Abulqasis manejando sus útiles de cirugía diseccionando el aire, las vasijas rotas que luego volvían a unirse, las cintas de colores y las coles por igual. Había mezclado los poderes de la ilusión con los de la sanación viendo que era muy rentable vender quimeras en pócimas jurando que hacían crecer el pelo y la barba y devolvían el vigor del hombre para el lecho, y lo hacía como si fuera posible hacer verdad los engaños.

Aquellos todavía eran tiempos de holgura, según contaba Zumurrud, y se ganaban los dineros muy fácilmente en Córdoba y sus dominios. Las gentes del pueblo comían todos los días y tenían aún alegría para arrojar monedas al paso de los ambulantes. Además, los señores más ricos celebraban de continuo saraos multitudinarios en sus *munyas* y palacios, imitando el boato de sus reyes, y, al parecer, la comparsa del ilusionista era requerida a lo largo de todo el año para animar tales fiestas. Los artistas se instalaban en las haciendas de los cortesanos por un tiempo y vivían de regalo haciendo lo que más les placía, esto es, artistear, engatusar con sus habilidades y dejarse admirar por aquéllos que tenían el dinero, pero no el talento para gastarlo.

Es ahora sabido que el desastre sobrevolaba el cielo de al-Ándalus como un buitre a la espera, pero entonces, en

aquellos últimos años del reinado de Hixam II en Córdoba, nadie se imaginaba que la desidia y la estulticia de sus políticos traerían consecuencias tan graves. Las provincias andalusíes hallábanse ya desamparadas y dejadas a su suerte sin una mano que supiese mantener sus lazos y sus riendas, y así, aventureros, buscadores de fortuna más o menos astutos y generales envalentonados con sus ejércitos habían ido haciéndose con territorios bajo su dominio, proclamándose independientes del califato, sólo para su interés. Cuando se reparó en lo que estaba sucediendo y se intentó poner remedio, ya era tarde y entonces vinieron los llantos. ¡Así es la condición humana según conozco, de fácil olvido para la prudencia aunque no haya nube en el cielo y de más fácil todavía lamento cuando ha llegado el trueno! Mas, he de contenerme, no es mi traza filosofar aquí, sino contar lo que sé y lo que me contaron...

Mi aya la adivinadora, que hacía llamar por aquel tiempo Esmeralda, conocía desde sus años mozos al ilusionista. Nadie a ciencia cierta sabía de qué o en qué habían sido coincidentes —si de calabozos o de raterías— y ella tampoco lo reveló nunca. Lo que sí me contó es que intentaron amores entrambos, aunque uno y otra tenían inclinaciones contrarias y, al parecer, de difícil ensambladura, y ocurrió que ella se cansó de hacerle un papel que no era el suyo y que él no se avenía a complementar en el que prefería ella, por lo que decidieron quedarse con lo que más les convenía a los dos: su asociación para el negocio de engañar. Así nació su comparsa de dos: Zumurrud leía en sus piedras y preguntaba a las cartas de mano los pronósticos en lo tocante a lluvias, a cosechas, a los embarazos de las mujeres y a los partos de las burras o de las vacas —a cambio de lo cual cobraba más según mejores fueran los auspicios— y recomendaba a sus víctimas que acudiesen a comprar cualquiera de las promesas que vendía su compinche el ilusionista, que extendía su espectáculo de truco y fulletería haciendo gala de una labia extraordinaria, donde los in-

cautos se dejaban los dineros comprando utensilios, artilugios y pócimas con poderes mágicos que, al llegar a su casa, pretendían poner en práctica para su beneficio tal y como les había enseñado el charlatán, aunque sin conseguirlo, desde luego.

—Nos agenciábamos buenas bolsadas, porque todos quedaban contentos —me contaba mi aya, recordándose de aquellos días—. Escúchame Marjân y entérate: que por las buenas noticias te echan monedas y por las malas, piedras; pues que las gentes prefieren mejor enterarse de lo bueno por suceder, —que lo malo viene solo y eso ya lo saben—. Mira que yo lo aprendí de una tunda que me atizó uno por no callarme lo que vínoseme a la boca sin darme cuenta: cosas aciagas que él mismo me provocaba, pero que no le gustaron, y se las dije, y cobré, pero de otro modo...

Supe entonces que Zumurrud podía augurar de cierto algunas cosas sin saber cómo, y que a veces habíalo hecho de veras, que había presentido lo porvenir con un primer golpe de vista en que le sobrevénía una certeza y entonces tenía que decirla, sin poder evitar ni lo uno ni lo otro, pero que, en igual medida, ese poder sólo le había hecho ganar la furia de los otros. Así pues, Zumurrud decidió no albergar recato alguno en mentir, pues consideraba que así se resguardaría mejor de la incómoda verdad que pudiera acechar y sólo decía aquello que las gentes querían oír.

—Hubo un astrólogo en la corte del gran califa Abderramán III, loado sea —decía Zumurrud cuando quería demostrar que es más útil la falsedad que lo cierto—, hubo, te digo, un sabio que le pronosticó, a él, el más poderoso entre los poderosos, que su imperio veríase caído en sesenta años, pues la sucesión de su trono saldría, por un capricho del destino, de su línea directa, y en dos cosas se equivocó, hija mía Marjân: una, en que fueron cincuenta y nueve años y diez meses los transcurridos, y otra, en decir la verdad,

pues que al otro día de revelada el adivino fue decapitado, su nombre mancillado y su profecía descreída.

Zumurrud semejó siempre ser vieja por causa de un ojo izquierdo desmandado que tenía tendencia a andarse perdido por su espacio. En ocasiones le bizqueaba con insistencia, como queriendo incrustarse en el interior de la cuenca, y ahí, al parecer, sobreveníale el futuro sin remedio.

—¡Por eso, por eso, hija mía, antes que lo por venirse, prefiero lo ya acontecido y prefiero mejor recordarlo, que por eso me gusta acordarme de todo y, si no, invento cómo habría podido ser para no tener que aguantar los empellones de este ojo que me dice lo que no quiero saber de lo que llegase desde el futuro sin que haya forma de pararlo! —me repetía, entre cuento y cuento, para no dejar de hablar.

Cuando, al parecer, después de encontrar a mi madre Büstan, como ya he dicho, el ojo bizco de Zumurrud la vio, contábame mi aya con la voz entornada que también entonces le había mandado un golpe de claridad a la boca del estómago y supo que su vida estaría ya para siempre unida a la de ella. Como así fue.

Con el tiempo, el consorcio de Esmeralda y Abulqasis se había ido ampliando, llegando a reunirse hasta dieciséis miembros, entre artistas y comparsas, en el tiempo en que habían adoptado a Büstan. Ahora incluía también un funambulista y un mago judío que ayudaba a Abulqasis en las tretas y engañifas con las gentes, receloso porque se tenía por mejor tramposo que su jefe el ilusionista, aunque no poseía su misma y poderosa labia embaucadora. El judío pretendía exigir que lo llamaran mago y no ilusionista, como era el título que prefería aquel Abulqasis, aunque sean parecidas ambas cosas —que de muchas otras maneras los llamaron las gentes, tal que hechiceros, brujos, embaucadores y cosas peores, y a todo respondían por igual si había dineros por en medio—. El judío se quejaba porque la magia era ciencia de más envidia y de superior alcurnia,

pero sólo de particular enojo le servía su pensamiento, pues que, a la postre, el nombre lo tenía el otro y la fama y la aclamación del público como médico célebre capaz de hacer magia con sus palabras, mientras que el judío pasaba delante de todos por su aprendiz.

—¡Algún día demostraré lo que digo, y las gentes verán en mí la fuerza de la verdadera magia, y me temerán y me respetarán! ¡Ese falso Abulqasis no es nada, ni médico ni mago, y yo le quitaré la máscara...! —mascullaba, al parecer, a diario varias veces.

Para ayudarle en sus extraños cometidos, el tal Abulqasis, como jefe de todos, decidió que se uniese a la comparsa un curandero musulmán que manejaba las hierbas, las raíces y las plantas con mucha sapiencia, heredada de varias generaciones de curanderos de su familia dedicados a vivir de la enfermedad de otros, aunque su principal trabajo en la comparsa fuérase convencer al público para comprar jarabes y brebajes que llamaba «milagrosos» para curar las dolencias más sentidas por las gentes, que son las de la boca, las del alma y las del bolsillo —que también con éstas de imposible curación se atrevía el falso médico.

Se sumó también un poeta especialista en loas —que siempre han sido muy bien pagadas por los señores ricos de escaso ingenio— y con él iban dos músicos y tres bailarinas que incluyéronse por igual en la comparsa —pues se sabe desde siempre que son imprescindibles en cualquier negocio la música y las alegrías de mujer que animen las ganas y suelten los dineros—. Completaban la pandilla, además de dos prostitutas que decíanse hermanas —muy hacendosas en su trabajo, el cual nunca les faltó—, diversas esclavas que iban y venían según los lugares por los que la banda pasaba, buscándose la vida sin explicaciones ni ataduras, y tres asistentes, uno viejo, otro negro y otro pelirrojo, que igual arreaban los mulos con los fardos y dormían con ellos para evitar su robo, que fingían ser parte del público cuando interesaban voluntarios para los juegos del

ilusionista y para ilustrar los milagros de curación rápida que era capaz de ejecutar el curandero musulmán con sus pócimas magistrales, o que entretenían a la gente dándose mamporrazos entre ellos mientras las bailarinas se afanaban con agilidad en vaciar los bolsillos de los incautos partidos de risa.

Con todos ellos convivía Malik, que ya he dicho que había sido comprado barato a un amo arruinado, y que pasó por bestia hasta que fue hallada Būstan, pues el eunuco demostró que tenía sentimientos de la misma envergadura que su cuerpo sólo cuando pudo volcarlos sin resquemor en un ser más indefenso que él mismo.

Fue durante una de sus estancias en Madinat al-Zahrâ cuando encontraron a Būstan muy chiquita y sin memoria, como ya he referido. Lo que no he dicho es que todos los de la banda la llamaban con un nombre distinto y que ella misma lo trocó por éste de Būstan, al tiempo que también lo hizo Zumurrud y cuando pasó lo que pasó. Durante mucho tiempo no supe cuál era el otro, porque no quisieron decírmelo ni ella ni Zumurrud, y ni siquiera Malik, aunque hubiera podido recordarlo, habríamelo desvelado, para protegerme de aquéllos que las buscaban con los anteriores apodos. Llamándose pues de otro modo, crióse mi madre entre los aperos del falso Abulqasis el ilusionista, habituándose desde muy pronto a los sables y a los cuchillos y a las cajas de doble fondo, a las sogas falsas y a los pañuelos escondidos, igual que a los frascos y a las pócimas, aprendiendo con los comediantes del grupo en las carretas de unos y otros, errabundos de pueblo en pueblo y de bronca en bronca, que la vida no es lo que debiera ser según uno piensa de sí mismo, sino lo que los otros quieren que sea según piensan de ti. Fuera por una cosa o por otra, pero ya para los restos, lo cierto es que Būstan necesitó por siempre de los embrollos con los que aprendió a sobrevivir en aquella primera infancia de su vida.